

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA OVIEDO 1997

1.- Hace dos mil años que aconteció la historia que nos disponemos a celebrar y representar la próxima semana, semana que llamamos Santa, no por nosotros, sino por su protagonista, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, que murió por nosotros y a quien proclamamos nuestro Salvador. Historia real, no-mito, ni teatro, ni simulacro de tragedia griega. El mismo famoso filósofo francés Rousseau afirmaba: "*¿Podemos decir que la historia del Evangelio es un invento? Amigo, así no es cómo se inventa. Y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos probados que los de Jesucristo. En el fondo, lo que se hace es soslayar la dificultad sin destruirla; sería más difícil concebir que muchos hombres se hubieran puesto de acuerdo para escribir un libro que encontrar un hombre capaz de ser el protagonista verdadero. Nunca los autores judíos hubiesen sido capaces de encontrar ese tono y esa moral, y el Evangelio tiene características tan grandes de verdad, tan asombrosas, tan perfectamente inimitables que el inventor sería más asombroso que el Héroe*".

Me parece importante subrayar el aspecto histórico de la persona y la obra de Jesús, en este tiempo en que tantos mitos y folklores reavivamos y reconstruimos. No metamos la historia de Jesús en el mismo saco. En el marco de la historia de las religiones, el acontecimiento de la persona de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios Encarnado, tiene características que lo singularizan y lo distinguen. Una de ellas es la historicidad. Jesús vivió en un tiempo y en un lugar. Hace dos mil años, en Palestina. De ningún otro personaje de su misma antigüedad quedan tantos vestigios, datos y pruebas. Ningún otro personaje de la historia ha sido sometido a tantos exámenes y análisis tan rigurosos y exhaustivos. De ningún otro personaje de la historia se han escritos tantos libros desde todas las ciencias del saber, como si la humanidad se viera enfrentada y comprometida siempre con este "enigma" que se manifestó y fue reconocido como Dios entre nosotros, como nuestro Salvador. Su historia sigue viva, provocando a la ciencia y a los corazones. Porque donde Jesús vive es, sobre todo, en el corazón de muchos hombres. Muchas propuestas salvadoras y transformadoras de la sociedad han sido ofrecidas a los hombres a lo largo de los siglos. La última, la que a muchos ha parecido más subyugante, más atractiva, la marxista, duró poco más de cien años; la oferta de Jesús, su Buena Nueva, lleva veinte siglos.

Y en estos veinte siglos, Jesús, el Hijo de Dios, no ha dejado indiferente a nadie. Ni Él ni su obra. Jesús provoca a quien se encuentra con Él, de tal manera que hay que optar, hay que definirse: o con Él o contra Él. Eso es lo que pasó en su mismo tiempo histórico, y sigue repitiéndose reiteradamente a lo largo de los siglos hasta nuestros días. El Evangelio testimonia esa diferenciación: los suyos, los que le siguieron y los que estuvieron contra Él hasta crucificarle en el Calvario, después del juicio más inicuo de

la Historia.

Esta historia de Jesús ha sido abordada y ha cautivado e inspirado a todas las artes: ¡Qué misterio lleva dentro! Su persona ha escrito las páginas más bellas, ha impregnado los lienzos más admirados, ha hecho sonar la música más conmovedora, ha cincelado las imágenes más realistas, ha protagonizado las películas más controvertidas, ha inspirado la poesía más honda y sublime. Personajes tan importantes como Mauriac, Papini, Karzantzakis, Passolini, Zefirelli, Salcillo, Gregorio Fernández, León Felipe, Miguel Hernández, Dámaso Alonso... han abordado con pasión el misterio de este Hombre. Y ya que estamos en Oviedo, permitidme como testimonio, leer unos versos de un poeta asturiano, Carlos Bousoño, que siempre me han conmovido, como preludio de este pregón:

Señor, a mi lado pasas Y yo largo te
contemplo. Vas mudo, triste. La
Cruz en tus hombros va creciendo

Cruz en donde suena el mundo Hijo
del hombre cayendo en el polvo.
Miserable Hijo oscuro y
polvoriento.

Hijo de la luz tu fuiste Hijo del
polvo te han hecho ¡Triste del
bosque que diera savias para este
madero!

Triste de la tierra dura. Triste del
amargo pueblo. Triste tierra, tierra
amarga Tierra de sombras y
huesos.

Tú pasas quedo en el mundo
cargado con el silencio.

Nadie te ve ni te escucha. Oh
mundo lleno de muertos.

Tú pasas. Deja que toque tu
blanca túnica al menos. Tú dijiste
que a los niños... Tú pasas. Yo
me entristezco.

(Subida al amor, 1945)

Todo es sorprendente en Jesús. Tan sorprendente que hasta el instrumento de su suplicio y ajusticiamiento, la cruz, se ha convertido en signo de victoria. "*Hoc signo vincitur inimicus*" dicen nuestras cruces asturianas, símbolos de nuestra historia y de nuestra tierra, blasones inigualables. Cuántas victorias, cuántos cambios personales, cuántas conversiones,

cuántos nuevos caminos se han abierto por obra y gracia de la Cruz de Jesús, por el Crucificado.

2.- Cada Semana Santa es una actualización de esta historia siempre de nuevo celebrada y contada, de múltiples formas y maneras, pero ateniéndose siempre al rigor del libreto y partitura, respetando el misterio plasmado en el Evangelio. Via-crucis ambulantes por las calles, conciertos de música sacra, desfiles penitenciales, muchedumbres en un silencio que se corta, imágenes o pasos a los que se les puede decir como Miguel Ángel a su Moisés cuando acabó de cincelarlo: ¡Habla! Celebraciones litúrgicas donde se actualiza su vida con realismo sacramental, donde por los signos lo invisible se hace presente y visible cumpliendo la voluntad de Jesús: "Haced esto en memoria mía".

Celebraciones y representaciones que hacen brotar la emoción, el sentimiento, el perdón, la bondad, la esperanza, la primavera de una nueva vida.

Impresiona ver y constatar cómo esta historia celebrada y representada se ha enraizado e inculturado en cada pueblo, adquiriendo sus propias características, manifestando el genio y el alma de sus habitantes. En Sevilla la Semana Santa huele a azahar, a cera, y la noche se rasga con saetas. En Castilla se plasma en austeridad, con juramento de silencio bajo la bóveda fría y serena de un cielo tachonado de estrellas. En Asturias, en la Asturias marinera, porque es en las villas de la abrupta costa donde más viva se conserva, la Semana Santa huele a mar, mientras se asiste al desenclavo y luego se canta la salve marinera. Estremece ver la emoción con que se vive la procesión del encuentro de la Virgen Dolorosa con Jesús Nazareno o Crucificado, en las villas pesqueras, assoladas tantas veces por las tragedias del mar. En ese momento es como si la fe se transmutara en esperanza de que el hijo muerto y desaparecido en la mar, ha sido encontrado y salvado por la intercesión de María, a quien los pescadores con tanta devoción y a su manera rezan.

3.- La ciudad de Oviedo, después de un paréntesis de 25 años, ha querido volver a narrar y representar la historia salvadora de Jesús, el Hijo de Dios. Tres cofradías, la de Jesús Nazareno, la de la Virgen Dolorosa y el Cristo Yacente y la de Jesús Cautivo han puesto su entusiasmo y se han armado de tesón para esta acción evangelizadora tan sugestiva como difícil. Digo "acción evangelizadora", porque no pueden ni deben ser otra cosa las procesiones de Semana Santa. Y "difícil" porque hacer participar a una ciudad y sumarla a una manifestación religiosa que rezume fe, por las características actuales de la vida urbana, no se presenta cosa fácil. Pero "la fe mueve montañas". Aunque sean las del Naranco o el Monsacro. Los dos años que lleváis en esta gesta os han dado ánimos y entusiasmo.

Conviene analizar el pasado en el momento de iniciar la recuperación de antiguas tradiciones. Las procesiones penitenciales decayeron en Oviedo,

como en otras partes, por una minusvaloración o degradación de la religiosidad popular y, también, por una falta de vitalidad de las Hermandades y Cofradías. La Semana Santa *popular* se sostiene, fundamentalmente, por la autenticidad y religiosidad de las Cofradías. No se pueden improvisar estas procesiones buscando a última hora actores que se enfunden en un hábito más o menos vistoso y se cubran con el capuchón. Porque al final lo que resulta es una comedia de disfraces. Todos llevamos un pequeño comediante dentro.

Las cofradías nacieron en el siglo XVI y en sus estatutos se han definido como asociaciones de hermanos (eso quiere decir cofrades) que se unen "*para vivir la fe y practicar la caridad*". Hoy son consideradas y valoradas por la Iglesia como "asociaciones de fieles cristianos", pero de cristianos que asumen y reflejan en su vida lo que el Concilio Vaticano II dice de la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

Hice antes referencia a que la representación de la Semana Santa, de los acontecimientos salvadores de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, tienen en cada lugar un sesgo, un distintivo, unas características singulares propias del vibrar y sentir de cada pueblo. Oviedo tiene que tener las suyas. No se pueden importar de otros lugares; no se deben imitar aquellos gestos o ritos que son propios del ser y sentir de otros temperamentos. Hemos de celebrar y representar la Semana Santa con la religiosidad de aquí, con el sentimiento y la emoción de aquí, con las formas de vivir de aquí. No se trata de representar la Semana Santa de otra parte de España en Oviedo, sino de que los de Oviedo vivan y manifiesten la fe, la creencia, la experiencia religiosa del Misterio Pascual en las calles de Oviedo. Así es como irán cuajando, sin prisa, y arraigando de nuevo las procesiones en este lugar. Y esto es labor de la sensibilidad, creatividad y esfuerzo de las cofradías.

Oviedo tiene sus propias características: es la Ciudad del Salvador, de las Cruces de los Ángeles y la Victoria, custodia el Santo Sudario. Tiene motivos suficientes para que, desde su historia y religiosidad vitalizada, pueda convertirse una vez al año en la Jerusalén y en el Calvario. Y ver en el drama de Jesús, representado en las calles, el drama y la situación de las personas, de los enfermos, de los marginados... y sentir la necesidad de cambiar nuestra vida, de amar como Él, de luchar como Él, de sentir por los demás como Él.

Podemos preguntarle, como Juan, el apóstol preguntaba junto a la cruz con su mirada, cuando lo llevamos a hombros, o lo acompañamos, o nos ponemos simplemente a su vera en la calle cuando pasa:

- "Pero, ¿por qué tanto dolor? Veo tu carne flagelada / veo tu sangre resbalando, / veo tu espalda arada y removida, / veo tus dulces ojos de Cordero aterrado, / miro mis pobres manos maniatadas y me pregunto si no pudo ser todo más fácil y más sencillo."

Y Cristo te responderá:

Era necesario ¿comprendes?
Yo sabía muy bien que tantos hombres
sufrirían después de tantos modos:
los mordiscos del cáncer,
el espanto de la carne abrasada,
el infinito hastío de los escayolados
la muerte violenta y asesina,
el hijo deficiente y la cieguera,
el hambre, la incultura, la miseria,
el desamor y el paro,
la soledad de los jamás amados,
los muertos en el seno de su madre,
los traicionados por los más queridos.
¿Y podría quedarme yo más corto?

Una Semana Santa representada y vivida así no necesita propaganda. Se abre paso por sí misma. La mejor comunicación es la de nuestra experiencia de fe, cuando le podemos decir a alguien desde el corazón: "He visto al Señor y me ha hablado; he visto al Señor y he llorado; ha visto al Señor y sentido la necesidad de vivir de otra manera".

4.- Los orígenes de las procesiones y representaciones de los personajes de la Pasión y Muerte del Señor se remontan a siglos atrás. Son abundantes los testimonios del siglo XVI. Una de las causas que las originaron y que empujaron al pueblo a representarlo en la calle, fue la imposibilidad de participar en una liturgia que no entendían, en la que se cantaban en latín las horas litúrgicas y, en la misma lengua, se celebraban los oficios. Nosotros mismos hemos asistido a ellos, ayudados quizá con un libro que nos facilitara la traducción, siguiendo con cierta curiosidad el irse apagando vela a vela, después de cada salmo, y esperando a hacer sonar la carraca o la matraca al finalizar el oficio de tinieblas.

La reforma litúrgica del Concilio Vaticano II ha supuesto un cambio y una renovación importantes: una purificación y adecuación de los signos, la utilización de las lenguas vernáculas y el traslado de los cultos a las horas de la tarde.

Y aquí es donde quiero plantear una situación que exige discernimiento. Hay dos formas de celebrar la Semana Santa que no deben entrar en contradicción, que no se deben estorbar, que deben ser complementarias: La celebración litúrgica en los templos y las procesiones o

representaciones propias de la piedad popular.

Las celebraciones litúrgicas son las más importantes, porque no son un simple rito, un simple recuerdo, sino la *actualización sacramental* de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. Jesús, en ellas, vuelve a visibilizar bajo los signos sacramentales el Misterio Pascual que condensa y sintetiza su vida entregada para nuestra salvación. Esta celebración es la que hace posible nuestro encuentro real con Él, la que nos posibilita la participación y entronque de nuestra vida con la suya, la que nos salva. Tenga más o menos sentimiento y emoción. Basta con la fe. Jesús se obligó a estar presente cada vez que "hiciéramos lo que Él hizo", antes de finalizar su vida terrena. Así quiso estar Él con nosotros. Esta celebración es primera y fundamental.

La Semana Santa popular, la que podemos celebrar en la calle, es una *representación*, es un recuerdo visible, en imágenes, público, plástico, emotivo, que puede y debe ayudarnos a sintonizar con Jesucristo, a despertar nuestra sensibilidad religiosa, a proclamar públicamente que Jesús es el Salvador; a decir a los de fuera que a Éste se debe tanto amor, tanta gente que da su vida por los demás en favor de los más débiles; que por Éste se han puesto en marcha tantas obras sociales a lo largo de la historia, que a Él se debe la esperanza rediviva de tantos enfermos, que Él ha movido a los misioneros a emprender la gesta de la evangelización de América y la entrega de sus vidas en todos los rincones de la tierra, ahora en Ruanda, Burundi, en los Grandes Lagos; que Él es capaz de dar sentido a nuestra vida y que Éste que representamos en imágenes, está vivo, es nuestro Salvador y la prueba de que nos amó es esta representación de la historia de su Pasión y Muerte. Y sale de nuevo a la calle cada Semana Santa a pedir más amor, más comprensión, más solidaridad, más perdón. A decirnos que en cada uno que sufre, sufre Él mismo, pero que el sufrimiento no es la última palabra de la humanidad.

Por eso deben compaginarse las dos, deben organizarse de tal manera que sea posible asistir a las dos celebraciones y que los mismos cofrades participen en las dos. La litúrgica es la razón y la fuerza de la que se representó en la calle. En el templo está el Señor que vive y actualiza su muerte y resurrección. En las calles de la ciudad se representa.

5.- No hay duda de que las procesiones de Semana Santa son un acontecimiento sociorreligioso que merece una alta valoración, aunque despierta opiniones contrapuestas. Hay personas y sectores, entre los que hay que citar también eclesiásticos que, ante el débil o escaso testimonio de los cristianos en las realidades terrenas y en la vida pública, tienen dificultades para entusiasmarse con la renovación de estas prácticas de piedad o manifestaciones más devocionales. El hecho está ahí y no se debe soslayar. Pero, también, es verdad que al pueblo no se le puede expropiar de sus propias manifestaciones y expresiones de fe. Una fe sin signos externos, sin protagonismo popular, difícilmente puede echar raíces en las

personas sencillas.

Esto nos debe llevar a cuidar el fondo y la forma en el momento de revitalizar las procesiones. Expresar en la calle la fe en Jesucristo, representando acontecimientos de su vida y muerte, requiere: religiosidad, contemplación, oración y estética.

1.º Religiosidad: Porque no se trata de representar un mito, de teatralizar una escena y, mucho menos, de caer en una superstición. Las procesiones de Semana Santa han de tener alma y espíritu. No son manifestaciones profanas, sino una forma de expresar una creencia, de aflorar una sensibilidad. Una procesión de Semana Santa es una catequesis pública sobre la vida del Señor. Es un auto sacramental.

2.º Contemplación: Que invita a la admiración, a la participación, a la sintonía con lo que se escenifica, con lo que se representa, que anima a sumergirse en el ambiente, en el clima que se crea; que le dice algo al que lo ve y contempla, que siente que aquel Nazareno, aquella Dolorosa, aquel Cristo Yacente, tiene algo que ver conmigo.

3.º Oración: Tiene que arrancar súplicas, tiene que despertar el deseo de hablar con Dios, de invocarle, de decirle lo que se lleva en el alma, de gritarle desde el corazón como el ciego del Evangelio: "*Señor, que vea*", que vea lo que me amas y que sienta deseos de amar como Tú.

4.º Estética: Es muy importante, porque tiene que provocar ese ensamblaje entre lo divino y lo humano. Tiene que evocar transcendencia. La historia que se representa no es la de un hombre cualquiera. Tiene que hacer pasar de lo humano a lo divino, de lo visible a lo invisible, tiene que ayudar al sentimiento y a la emoción.

Las procesiones no se improvisan, necesitan una larga y cuidada preparación. Aludí antes a compararlas con una catequesis donde hay que ser primero un catequista convencido y testimonial; que lo que representa lo vive y, luego, estudia cuidadosamente cómo transferir y comunicar esa experiencia a los demás.

6.- Las Cofradías y Hermandades, para llevar adelante estas expresiones cristianas populares, tienen que ser exigentes escuelas de fe y vida comprometida que tienen como referencia a Jesús muerto y resucitado, que meditan y hacen suya la pasión del Señor. Esa parte del evangelio, la más primigenia, la más original, la más auténtica, debe ser el vademécum de su vida.

Un cofrade no es un actor que se enfunda en un hábito de diverso color, morado, blanco o negro y que cubre su rostro con un caperuz o un capuchón y lleva en su mano un cirio encendido, como si fuera el traje típico de una semana del año.

Un cofrade es un cristiano que ha hecho de Jesucristo el centro de su

vida y que tiene el corazón tan traspasado de sus sentimientos, que va con Él a donde haya que ir.

Un cofrade es un creyente que sabe por qué murió Jesús y quiere colaborar con Él para salvar y redimir a los hermanos necesitados, entregándose como Jesús.

Un cofrade es un penitente, consciente de sus debilidades que quiere convertir su vida, y siente el dolor de sus pecados y emoción por la misericordia de Dios. Por eso lleva el hábito y cubre humilde su cabeza. Para que en el anonimato pueda sentir más la emoción, expresar sus sentimientos con más espontaneidad, ser él más él mismo en el tumulto de la calle, al mismo tiempo que alaba y proclama a Jesús como Salvador y recuerda el momento más estelar de la historia.

Más que un pregón he querido expresar ante vosotros un aliento, un entusiasmo para que la Semana Santa popular de Oviedo que acaba de comenzar un camino nuevo, se oriente en la buena dirección, sabiendo que estas expresiones procesionales son una imagen de la Iglesia, de la actual. Son una forma de evangelizarse y evangelizar.

Termino con una súplica final:

JESÚS:

Nadie como Tú fue masacrado ni
lleva veinte siglos de agonía,
coronado de espinas, torturado
con premeditación y alevosía. Mas si
resucitaste al tercer día ¿por qué sigues
y sigues ahí colgado

JAVIER GOMEZ CUESTA

Vicario General